

03/19/2017

CONFRONTANDO NUESTRA FE CON LA PALABRA DE DIOS

Santiago 1: 1-8

Estamos preparándonos para recordar, meditar y celebrar una de las dos festividades más importantes del cristianismo: **SEMANA SANTA**. La semana pasada veíamos que en este tiempo es muy fácil decir que se es cristiano, pero en muchos casos, lo único que se está enseñando es la religiosidad, la tradición y la costumbre, pero no necesariamente la fe. Porque la fe va mucho más allá de simplemente creer y, como vimos la semana pasada, aún los demonios creen en el Señor Jesucristo y hasta tiemblan al escuchar su Nombre (*Stg. 2:19*) y, sin embargo, no son ni serán salvos. ¿Por qué? Porque aun sabiendo todo lo que sabían del Señor decidieron rechazarlo y se pusieron en contra de Él impidiendo que el mensaje de Salvación y esperanza se predique en todas partes, confundiendo a las personas con la creación de miles de religiones y, aun entre los mismos cristianos, dividiéndolos sembrando enseñanzas falsas y blasfemas que, lejos de acercar a Dios, alejan a la gente de Él.

La gente ha enfocado en un sistema religioso para alcanzar la Salvación como si ésta pudiera ganarse, cuando la Salvación es un regalo de Dios que se recibe por fe (*Ef. 2:8-9*) y aquí es donde viene la confusión de muchos que no han entendido qué es fe y creen que solamente se trata de creer en algo o en alguien. El Apóstol Pablo dice: *“La fe es la confianza de que en verdad sucederá lo que esperamos; es lo que nos da la certeza de las cosas que no podemos ver. Por su fe, la gente de antaño gozó de una buena reputación. Por la fe entendemos que todo el universo fue formado por orden de Dios, de modo que lo que ahora vemos no vino de cosas visibles. Fue por la fe que Abel presentó a Dios una ofrenda más aceptable que la que presentó Caín. La ofrenda de Abel demostró que era un hombre justo, y Dios aprobó sus ofrendas. Aunque Abel murió hace mucho tiempo, todavía nos habla por su ejemplo de fe”* (*Heb. 11:1-4 NTV*). Esto nos enseña que la fe tiene tres elementos:

1. Asentimiento. Es el reconocimiento de que Dios salva a únicamente a través de su Hijo Jesús, el Mesías. Asentimiento significa conocimiento intelectual.

2. Confianza. Es la dependencia sobre la misericordia y la gracia de Dios en Jesucristo para el perdón de pecados y la aceptación por parte de Dios. Es decir, no sólo lo sé, sino que lo creo.

3. Compromiso. Es la entrega total de uno mismo a Jesucristo en la fuerza del Espíritu Santo para un discipulado obediente. Es decir, es la respuesta a lo que sabemos y creemos.

Si faltara uno solo de los elementos ya no es fe genuina, no es fe salvadora, por eso es que algunos han estado tan cerca de la salvación pero no la han alcanzado y otros creen que porque tienen uno o dos elementos son suficientes y son salvos.

Tal vez la Carta de Santiago sea el Libro que mejor nos ayuda a confrontarnos a nosotros mismos para estar seguros que tenemos una fe salvadora, una fe genuina en Cristo Jesús. La Carta que escribe Santiago, el hermano del Señor Jesús, aunque en nuestras Biblias aparece como en los últimos lugares, fue el primer Libro, o por lo menos de los primeros Libros del Nuevo Testamento, que se escribieron. Santiago está escribiendo desde Jerusalén a un público mayormente judío, por supuesto convertidos al cristianismo, para exhortarles a que examinaran su fe para ver si era una fe salvadora genuina.

Ciertamente la Carta que escribe Santiago no es un tratado de doctrina, sino un profundo manual práctico para la vida cristiana (aunque por supuesto que contiene doctrina). Lo que Santiago enseña es que la práctica cristiana debe ser el reflejo de la fe. Es decir, vivimos lo que creemos y enseñamos. Santiago nos va a enseñar lo que es la verdadera fe. La Carta enseña que una fe viva, es decir, una fe real, soporta las pruebas, vence la tentación, nos hace hacedores de la Palabra y no solo oidores, no hace diferencia de personas, produce buenas obras, controla la lengua, nos hace actuar con sabiduría, nos aleja de las cosas del mundo que son causa de pecado (1Jn. 2:16) y nos hace estar pegados a Dios, nos hace no juzgar a los demás y produce paciencia y firmeza, nos lleva a orar sin desanimarnos y a depender de Dios en todo. Y lo mejor es que nos va a enseñar que la verdadera fe, la que está puesta en el Señor Jesucristo, se refleja a todo el mundo, a todas las personas. Esto es realmente importante e impactante porque lo que la Carta nos enseña es a reflexionar en la realidad de nuestra fe, en su autenticidad, porque el ser engañado por una fe falsa, resulta en una tragedia eterna.

“Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo, a las doce tribus que están en la dispersión: Salud” (v.1).

La Carta la escribe Santiago, no el Apóstol, sino el hermano del Señor Jesucristo. Santiago era conocido como el Justo y era reconocido por la cantidad de horas que se pasaba al día de rodillas y por su buen testimonio. Llegó a ser el pastor de la Iglesia de Jerusalén y fue miembro activo del Concilio de Ancianos que analizaban casos que se presentaban y tomaban decisiones en cuanto a la doctrina y la solución de situaciones. Santiago escribe a judíos (12 tribus) convertidos al cristianismo que se encontraban fuera de Jerusalén. Santiago era un hombre de fe y tal vez está escribiendo desde su propia experiencia para enseñar lo que es la verdadera fe y para reflexionar si se tiene o no. Los judíos vivían encerrados en una religión llenos de tradicionalismos y legalismos que solamente los alejaban de Dios. Santiago los saluda y los va a invitar a la reflexión.

“Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna”
(vv.2-4).

La fe es tan importante en la vida del creyente, que siempre está siendo sometida a prueba por el Señor; no porque Él quiera ver cómo está, por cuanto Él lo sabe perfectamente, sino para que nosotros nos demos cuenta de cómo está nuestra fe. El diablo solamente está buscando una pequeña falla en nuestra fe para quererse colar sembrándonos pensamientos para desanimarnos (1P. 5:7-9).

La palabra *prueba*, en griego, es la misma que se traduce como *tentación*. El significado de la palabra tentación no es otra cosa que la de *poner trampas*. La diferencia está en el contexto en el que se use. Dios usa la prueba para fortalecer nuestra fe (vv.2-4); Él no tienta a nadie (v.13). En cambio, satanás no prueba a nadie; él tienta, es decir, pone trampas para que el creyente caiga. El objetivo de Dios en la prueba es fortalecer; el objetivo de satanás en la tentación es debilitar. Salir bien de cualquiera de las dos trae gran beneficio espiritual.

La prueba desarrolla la paciencia. La palabra en griego significa fortaleza o resistencia en medio del sufrimiento. No es nada más aguantar, sino de salir adelante. Así es que cuando nos encontramos bajo prueba significa que Dios quiere hacer algo con nosotros; quiere formar nuestro carácter, fortalecer nuestra fe, mostrarnos que Él está con nosotros llenándonos de su amor y de ánimo y quiere llevarnos hacia la

madurez cristiana (v.4). Y eso debe ser causa no solo de gozo, sino de un máximo gozo, del gozo completo. La Santa Palabra de Dios dice que el gozo de Jehová es nuestra fortaleza (Neh. 8:10).

“Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor” (vv.5-7).

Para poder entender que cuando estamos bajo prueba es porque Dios tiene un propósito o un plan con nosotros, es necesaria la sabiduría. Para Santiago hay dos clases de sabiduría: una que no proviene de Dios sino del mundo (Stg. 3:15), y otra que sí proviene de Dios (Stg. 3:17). La sabiduría que proviene de Dios nos ayuda para saber cómo responder en medio de la prueba.

La sabiduría nos hace preguntarle al Señor, no “¿Por qué?”, sino “¿Para qué?”, “¿qué quieres hacer, Señor?”, o “¿qué quieres que yo haga, Señor?” Mi pregunta es: ¿se le hace difícil este tipo de sabiduría, particularmente cuando está pasando por una prueba bastante dura y está bajo una presión casi insoportable? Bueno, Santiago nos da una solución muy simple ante un problema tan grande. Santiago dice que en caso que necesitemos sabiduría porque no la tenemos o porque nos falta, simplemente se la pidamos a Dios, el dador de la sabiduría (Prov. 2:6), y Él la derramará sobre nosotros, no sólo un poquito, es más no solo la suficiente; Él derramará sabiduría abundantemente. La palabra *abundante* se puede traducir como “hasta llenar”, o “hasta quedar saciados”. Dice más, dice que además derramará esa sabiduría sin reproche, es decir, sin cuestionar, sin echar en cara. Así que no tenemos qué sentirnos avergonzados si no sabemos qué hacer por falta de sabiduría; no hay excusa para acercarnos a Él, ni hay excusa para dejarnos vencer en medio de las pruebas.

Pero hay una condición para que esa sabiduría nos sea dada; pedir con fe. Y ya sabemos los tres elementos de la fe: saber, creer y responder. Si estos tres elementos se dan, entonces no vendrá la duda. *Sin dudar* significa literalmente en griego, “sin tomar en cuenta nada”, es decir sin ver lo grave de las circunstancias que nos rodean. Dice Santiago que si esto no se da, no podemos esperar que Dios nos escuche, pues la misma duda ya es un insulto a Dios.

“El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos” (v.8).

Doble ánimo es el equivalente a hipócrita. La palabra hipócrita viene del pensamiento griego y la frase doble ánimo viene del pensamiento judío. El hipócrita quiere quedar bien con lo bueno o con lo malo según le convenga. Es inconstante en todo lo que inicia, es inconstante en su conducta y es inconstante en su fe porque tiene su alma dividida. Sabe que es mejor estar con el Señor, pero no quiere alejarse del mundo porque le gusta mucho.

Conclusión.

La Carta del hermano Santiago, más que un libro doctrinal, es un manual de vida. Santiago enfatiza el fundamento esencial de toda ética cristiana: se hace lo que se dice; en otras palabras, se vive como se predica. Este es, finalmente, el sentido de la verdadera conversión, vivir conforme al nuevo estilo de vida (Buenas Nuevas). La conversión del ser humano no se produce de afuera hacia adentro sino todo lo contrario, de adentro hacia afuera. Como dice un comentarista Bíblico: *“se puede cambiar todo el exterior de una persona sin que su corazón cambie”*. Es decir, se puede ser muy religioso, pero nada espiritual. La verdadera conversión es la del corazón, a partir de allí, todo el ser comienza a cambiar.

Estas dos semanas hemos aprendido que no basta con decir que somos cristianos porque venimos a la iglesia o porque pertenecemos a una religión, a un país o a una cultura que tradicionalmente se considera religiosa. La verdadera conversión, el verdadero creyente, es una persona de fe y la fe se pone en acción; la fe se manifiesta en buenas obras y nos hace dar un buen testimonio de lo que Cristo está haciendo en nuestras vidas. Y, como nos enseña Santiago en su Carta, una fe viva, es decir, una fe real, soporta las pruebas, vence la tentación, nos hace hacedores de la Palabra y no solo oidores, no hace diferencia de personas, produce buenas obras, controla la lengua, nos hace actuar con sabiduría, nos aleja de las cosas del mundo que son causa de pecado (1Jn. 2:16) y nos hace estar pegados a Dios, nos hace no juzgar a los demás y produce paciencia y firmeza, nos lleva a orar sin desanimarnos y a depender de Dios en todo.

Ojalá que esta sea nuestra fe para estar seguros que somos verdaderos cristianos. Pero de no ser así, doblemos nuestras rodillas,



IGLESIA EVANGÉLICA BAUTISTA SUBLIME GRACIA

Pastor Oscar Salina

pidamos perdón y oremos a Dios para que nos ayude a ser verdaderos creyentes y poder dar buen testimonio de Él. Amén.... Vamos a orar...